

tanto al Verbo encarnado (*Adición de la madre María Jacoba de Blemur*).

## E.

El verdadero y fiel matrimonio de la Virgen y S. José recibió esta bendición; que ni se menguó la gloria de la virginidad, ni se alteró la fecundidad. Es un mal inseparable del matrimonio, aunque sea el más puro y santo, que el corazón se divide entre el cielo y la tierra; pero S. José se unía á Dios por la Virgen y tenía la ventaja de que amando á su esposa amaba á la madre de su Dios: todo cuanto veía en ella, le infundía sentimientos de piedad: sus palabras le elevaban á Dios; su modestia regulaba sus obras; y cuando la miraba, se inflamaba en caridad. ¡Qué castos coloquios tuvo con su esposa! ¡Cuánto aprovechó en la virtud durante un trato tan largo é íntimo! ¡Cuántos oráculos oyó de su boca! ¡Cuántas verdades sublimes aprendió de la maestra de la iglesia!

Algunos enemigos de este gran santo quieren disputarle la dignidad de esposo de la Virgen, diciendo que no había verdadero matrimonio entre ellos, porque ambos habían hecho voto de virginidad, y habiéndose consagrado á Dios habían renunciado á casarse. Pero basta para convencerlos que los mismos filósofos han admitido que el matrimonio mira más bien á la unión de los corazones que á la de los cuerpos. Los padres de la iglesia no han tenido nunca por prohibido este sacramento á los que deseaban vivir en continencia: testigos el emperador Marciano y santa Pulqueria. En fin aquel matrimonio era la figura de la unión de Jesucristo con su iglesia, y es tanto más perfecto, cuanto más conforme á su original: así como nuestro Señor y la iglesia han conservado su pureza en su unión, así la integridad de S. José le preparó para la honra de ser esposo de la madre de Dios.

Dios ordenó en lo antiguo que se colocase un velo de púrpura delante del santuario, para que el arca y el propiciatorio no estuviesen expuestos á las miradas de los profanos: así también quiso que este matrimonio sirviese de velo para

ocultar el misterio de la Encarnación y la virginidad de María. El consejo era digno de la sabiduría infinita; porque sabemos que Satanás observaba á las vírgenes, constándole la predicción de los profetas; á saber, que una virgen concebiría un hijo, el cual quitaría al demonio el imperio del mundo que había usurpado. La soberbia del ángel malo le había hecho abusar de la luz infusa recibida en su creación, y Dios por su justicia quiso tenerle en la ignorancia de la virginidad de María, de su parto milagroso y de la gloria escondida bajo los oprobios de la cruz. Había engañado al hombre por medio de la mujer, y era justo fuese engañado por otra mujer.

También era necesario conservar por este matrimonio la honra del hijo y la fama de la madre en la opinión de los que no podían conciliar la virginidad con la fecundidad, ni comprender cómo el Espíritu Santo había formado una virgen madre. Con efecto la gloria de la virginidad perpétua no hubiera parecido con tanto lustre en el mundo, si esta Virgen admirable no hubiese tenido un testigo irrecusable de su integridad. En fin era designio del Padre eterno que fuese casada la madre de su hijo unigénito para consagrar los dos estados en su persona y dejarnos la figura de su matrimonio con la iglesia, la cual en calidad de madre y virgen hace gala de imitar la pureza de la madre de su señor y esposo. Pero para que sepa toda la tierra que el cielo bendice un matrimonio, cuyo fundamento es la pureza, los dos consortes serán vírgenes y no estériles: María será la madre del Verbo encarnado y José se llamará su padre, y en esta unión sagrada habrá fidelidad, habrá sacramento, porque no se hará divorcio; habrá un hijo, porque Jesús nacerá de María, y María le dará á José.

Algunos han estrañado que los sacerdotes que disponían de la mano de la Virgen y conocían sus méritos y prendas, su clase distinguida y la calidad de ser única heredera de su familia, le diesen por esposo un carpintero. A esto se responde primeramente que los judíos se apegaban menos á la dignidad y á las riquezas que al tronco de donde descendían las personas, y que no era ignominia ejercer un

oficio. Tenemos un ejemplo de esto en S. Pablo, el cual era ciudadano romano y hombre instruido en letras y sin embargo construía tiendas para mantenerse. Pero tomemos la cosa de mas arriba y digamos que desde la infausta hora en que el hombre perdió la inocencia, le fué fatal la grandeza. Ve aquí un ejemplo insigne de la vanidad de las pompas mundanas y de la inconstancia de lo que se llama fortuna. Aquella nobleza tan distinguida que habia tenido origen en la persona del principe de todos los patriarcas, que habia echado tan hondas raices en la sangre de los profetas, y que habia sido honrada con la corona de los reyes y la tiara de los pontífices, se termina y esconde en la persona de una pobre virgen y de un carpintero, á quienes estaba reducida toda la familia real de David. Así María y José hallaban la verdadera grandeza en el abatimiento, y la casita de Nazareth no tenia nada de extraordinario mas que esta pobreza gloriosa.

Una alma de las mas iluminadas de este siglo en todo lo que pertenece á la santa infancia de nuestro Señor, dice que la beatísima Trinidad habia dispuesto á S. José desde su nacimiento para el gran ministerio á que estaba destinado: que fué santificado en el vientre de su madre como Jeremías y el Bautista: que siempre fué justo y dirigido por el Espíritu Santo: que nunca tuvo trato con el mundo, ni amistad profana: que el Señor le habia preservado de la corrupcion del siglo por medio de una proteccion particular: que sabia todas las artes por ciencia infusa, de manera que hubiera podido hacer toda clase de obras como Beseleel y Ooliab, á quienes Dios llenó de inteligencia para que fabricaran el tabernáculo; pero que por humildad no quiso trabajar mas que al oficio de carpintero, el cual solamente le obligaba á tratar con personas sencillas: que la divina providencia le habia proporcionado empleos conformes á este espíritu de humildad y abstraimiento, y que él no se habia ocupado sino en cosas honestas, aunque de poco valor. Este modo de pensar concuerda con lo que S. Justino dice de nuestro Señor: que construía yugos para los bueyes y arados para la labranza.

Dice ademas aquella alma que S. José fué el mas sabio en las cosas de Dios y el mas inteligente que hubo en la tierra despues de la Virgen: que se aventajó en conocimientos á todos los teólogos y poseyó la sabiduría mas verdaderamente que Salomon: que sobrepujaba á los otros santos tanto mas cuanto sus calidades de padre putativo de Jesus y esposo de la Virgen eran infinitamente superiores á las de ellos: que fué el mas perfecto en cuerpo y alma despues de nuestro Señor y su madre. Decia cosas singulares sobre el matrimonio de estos dos nobles esposos y la union que de sus corazones hizo la santísima Trinidad. Al instante que S. José, añade, fué propuesto á María, vió esta su justicia y conoció algo de su grandeza; pero no en toda su perfeccion. Como los dos habian consagrado su virginidad por una singular inspiracion de que habian sido prevenidos, no tuvieron ideas humanas sobre su matrimonio, sino que se entregaron con confianza á la divina conducta, que les fué manifestada sobre este punto.

S. José fué preparado por una superabundancia de gracias para la sublime dignidad de padre putativo, custodio y ayo de Jesucristo. Aunque no debia de saber el motivo de la encarnacion hasta poco tiempo antes de la natividad del hijo de Dios, no dejó de participar de la gracia de este divino misterio. El Salvador escondido en su purísima madre produjo en él efectos admirables, que no somos capaces de comprender, y obró en él no solo inmediatamente por sí, sino por la Virgen como por su órgano, segun hizo con santa Isabel y S. Juan.

Añade que no ha de profundizarse el misterio escondido en el sentimiento que tuvo S. José cuando vió preñada á su esposa: que no formó juicio detenido de la conducta de ella, sino que sintió una cruelísima pena interior: que cuando resolvió separarse ocultamente de ella, fué por una perplejidad del ánimo y no por un pensamiento determinado contra ella: que esto fué una prueba de Dios, el cual aflige reciamente á las almas cuando lo tiene por conveniente: que así que el ángel le dijo: José, hijo de David, no temas; se desvaneció su congoja: que fué ilustrado completamente acerca

del misterio de la Encarnacion y la dignidad de madre de Dios, y que entonces este le llenó de las gracias adecuadas á su vocacion: que no habló de su pena á la Virgen; y que estas dos criaturas admirables no habian tenido ninguna conversacion de cosas indiferentes. Todo este razonamiento es de una gran sierva de Dios, y no he querido privar de él á mis lectores.

El santo Evangelio hace mencion de la duda de S. José no sin misterio, y en esta ocasion es cuando le llama justo, porque practicó virtudes muy sublimes. Hacia extraordinaria estimacion de la pureza de la Virgen y creia mas que á sus propios ojos la luz recibida del cielo acerca de la honestidad de ella. Pero como la ve preñada y está cierto de no haberla conocido carnalmente, duda. Como no tenia pruebas, ni autoridad, se encierra en los limites de una simplicidad que no puede menos de ser divina, pues que pudo resistir á semejante asalto; sin embargo se apesadumbra de lo que no puede negarse, y tal vez siente aun mas lo que ha de responder á los sacerdotes, de cuyas manos ha recibido aquel tesoro. Es muy probable que podia pensar que María estaba elegida para madre del Mesías, porque decian muchos que su venida estaba próxima y que habia de nacer de una virgen; pero como no era sacerdote, no se atrevia á juzgar de los misterios y le detenia el respeto: esta es otra santa y celestial simplicidad. Ademas no habiéndole dado los sacerdotes instruccion, y siendo demasiado humilde para creer fuese llamado de Dios para esposo de aquella virgen, persevera en su pequeñez y continúa firme en no juzgar de María lejos de querer difamarla: esta es una caridad á prueba. Pensó en volverla á aquellos de quienes la habia recibido, juzgándose indigno de ser su depositario: este era un pensamiento que se fundaba en la prudencia y la fidelidad.

El ángel que consoló al santo patriarca, le manifestó que María estaba preñada por obra del Espíritu Santo y que pariría al hijo único de Dios: que por esta razon poseia él la dignidad de esposo de la madre de Dios; idea que no se habia atrevido á admitir cuando le ocurrió, considerándose indigno de que Dios pusiese los ojos en él para co-

sas tan grandes; y sin embargo así como María es virgen y madre por su hijo, del mismo modo S. José es virgen y padre del niño Jesus por María. Está en esta celestial pureza y en esta paternidad divina para ser asociado dignamente á María y servirla y con ella al divino niño; y es todo esto por dependencia, conformidad y relacion, por las oraciones, la eficacia y la virtud de María.

Como el misterio de la Encarnacion es un desorden admirable, todas las personas que pertenecen á él, se sienten de esta santa confusion y llevan sus caracteres. Nuestro Señor, que es el término sagrado de él, es contra las reglas de la naturaleza: el hijo es siervo de su padre: María es virgen y madre: S. José es un padre sin hijo y un esposo sin mujer, porque habiendo consagrado la virgen su pureza, es en dictámen de S. Gregorio de Neocesarea aquel libro sellado de que habla Isaiás, que fué entregado á un sabio, el cual no le pudo leer porque estaba sellado. Pero digamos mas bien que es un esposo que contra las leyes del matrimonio debe todas sus grandezas á su esposa, un padre que saca todas las ventajas de su hijo y que solo es padre de él por su esposa. Habiendo hablado bastante del primer título, vamos á explicar el segundo.

El matrimonio es una sociedad legítima instituida por la naturaleza y la ley; pero una sociedad tan estrecha, que todas las cosas son comunes entre los que la componen: no pueden darse, ni prestarse nada, porque poseen en comun sus bienes: no pueden obligarse á Dios por voto, porque estan unidas sus voluntades; y la razon, que es el alma de la ley, nos enseña que siendo la mujer de su marido, el hijo que esta lleva, es tambien de él, porque es producido en una tierra de su propiedad. Supuesto pues que la Virgen es de S. José como esposa suya y que este es dueño del terreno en donde brotó la flor de los campos y el lirio de los valles, ha de inferirse que el niño Jesus es de él. S. Gerónimo dice claramente que el evangelista da un nombre tan grande como verdadero á S. José, porque si este es el esposo de María, es el padre de Jesus. S. Agustin defiende que el santo patriarca posee estos dos títulos no segun la carne, sino se-

gun el espíritu, que es el fundamento de las uniones mas santas y verdaderas. S. José, dice Gerson, tiene alguna parte en la formacion del cuerpo de Jesucristo, porque este es sacado de una carne cuyo dominio se transfere á aquel por el matrimonio. María es la madre de Jesus y José su padre: los dos son vírgenes y los dos producen un mismo hijo; y aunque sola la Virgen contribuye con su sangre para formarle, no deja de tener parte S. José, porque le pertenece legítimamente la sangre que le forma. Nuestro Señor es llamado hijo de David ó hijo de Abraham, porque la Virgen descendía de estos patriarcas y la paternidad de ellos miraba á la generacion del Mesías; pero S. José es constituido padre de una manera mucho mas santa, eficaz y lata al tiempo de cumplirse los consejos de Dios, y su paternidad se refiere principalmente á la educacion del divino niño. Ella es una participacion especial de la divina paternidad de Dios Padre cuanto puede serlo: ella es elevada sobre la carne y la sangre, y la sagrada escritura nos lo declara por boca de la Virgen. Tu padre y yo, dice hablando á nuestro Señor: ¿puede haber mayor claridad, ni mayor respeto? Supuesto que da la preferencia á S. José, este es el padre de Jesucristo: supuesto que el Evangelio que no puede mentir, nos lo asegura, y el Señor mismo le dió este nombre, su palabra, que hace las cosas diciéndolas, produjo esa calidad en su alma. Es su padre, porque le alimentó con el trabajo de sus manos y el sudor de su rostro, le dirigió en su niñez, le cuidó y acompañó en sus viajes y fué su tutor durante la menor edad. La sagrada escritura para dar un testimonio eterno de su poder estampa estas palabras: Jesus estaba sujeto á José y á Maria. Digamos aquí con el parainfo de nuestro esclarecido santo: ¿Qué cosa mas gloriosa que mandar á aquel que lleva escrito en su muslo: Rey de reyes? José sin duda usó de la autoridad de padre cuando puso al santo niño el nombre de Jesus, y le mostró el tierno amor de tal cuando le buscó despues de perdido y le halló en el templo, y cuando le libró del furor de Herodes sacándole de Judea de noche y llevándole á Egipto.

Añádase que la dignidad de padre del niño Jesus es tan

peculiar suya, que no se ha comunicado jamás á nadie despues de él. Nuestro Señor nos dice en el Evangelio que el que hace la voluntad de su padre, es su hermano, su hermana y su madre; pero reserva el título de padre á S. José.

Dios mio, ¿quién podrá expresar lo que pasó en el alma del santo, cuando vió al Verbo encarnado acostado sobre un poco de paja? El divino niño despidió rayos de extraordinario resplandor, que le penetraron el alma y le hicieron conocer el estado de su santa esposa y la pureza del parto. En aquel instante adoró al amable niño, le besó los pies y se ofreció á emplear su vida en servicio del mismo. Despues oró cuarenta dias, habiendo permanecido todo este tiempo absorto en Dios sobre la profundidad de sus consejos y de los misterios obrados en el portal de Betlehem. Sor Margarita del santísimo sacramento, de quien ya hemos hablado, dice que S. José vió á los ángeles que bajaron á millares á adorar al niño, y oyó la música y la alegría del cielo por su nacimiento: que durante aquellos cuarenta dias no habló, aunque veía á los pastores y á los santos reyes y tenia conocimiento de la gracia de ellos. Dice tambien que el oficio de S. José no habia sido servir al hijo y á la madre en ese tiempo, sino guardar á esta y adorar á aquel: que la Virgen y S. José salieron en silencio del portal y llevaron el niño al templo sin hablar: que cumplieron todo lo que mandaba la ley, y no hablaron á Simeon, ni á Ana: que el Espíritu Santo los gobernaba y dirigía todos sus actos: que volvieron á Nazareth con el mismo silencio; lo cual era digno de la grandeza y majestad de los misterios, de la santidad, de la humildad y de la sublime oracion de estos dos esposos incomparables (*Adicion de la madre Maria Jacoba de Blemur*).

**E.** Concluyo este capítulo con la devota elevacion del señor de Priezac, que tan dignamente ha tratado de los privilegios de nuestra soberana. Es motivo de gran consuelo que un hombre engolfado en el siglo y en los negocios del estado haya

tenido tiempo para hablar de las maravillas de la madre de Dios. Ve aquí cómo habla á S. José.

Pero ¿por qué ingratitud y culpable silencio habia de concluir yo esta meditacion sin saludarte á tí, que ocupas un lugar tan honorífico en la genealogía del hijo de Dios? ¡Oh lugar tan honorífico en la genealogía del hijo de Dios! ¡Oh casto esposo de su gloriosa madre! ¡Oh fiel testigo del cumplimiento de las promesas del Padre eterno! ¡Oh digna cabeza de su familia en la tierra! Tú formas el último escalon de esa larga generacion ó de esa escala misteriosa, que tocando con un extremo en la tierra llegó con el otro hasta el cielo y sirvió de apoyo y sosten al divino Verbo. La fortuna, como dirian los mundanos en su lenguaje gentílico, te habia reducido á una condicion muy distante del esplendor de tu origen, siendo así que se deleita á veces en ceñir la real diadema en las sienes de un siervo ó de un advenedizo; pero la sabiduría infinita que te queria poner en las manos el depósito del cielo con el tesoro de la divinidad, te ensalzó no solo sobre todos los grandes y magnates de la tierra, sino sobre todos los serafines mas cercanos á su majestad. Con efecto ¿á qué ángel dijo jamas: Tú eres mi padre? Y si leemos que sentó su trono sobre las cabezas de ellos, ¿dónde hallamos que les haya dispensado el honor de sentarse en sus brazos? A la verdad cuando te escogió para su padre putativo y quiso que fueses el esposo de su madre, cuando se hizo súbdito tuyo y te concedió la gloria de ser su salvador en Egipto como él lo era de todos los hombres en el mundo, te encumbró á una grandeza digna de ser envidiada por los espíritus bienaventurados. ¡Oh hijo de David! Ese es el nombre que el ángel te da, y lo eres tanto por la sangre como por la santidad: no solo viste lo que tantos reyes desearon ver, sino que lo tuviste en tus manos, lo llevaste, lo alimentaste y guardaste. ¡Oh confidente querido de los secretos consejos del Padre eterno! Mas gloria te redundó de tu pobreza que de tu noble extraccion. y cuando ganaste el sustento del hijo y de la madre con el trabajo de tus manos, no dejaste nada que desear para completar la idea de la verdadera grandeza. Te ruego pues por esos impulsos de gozo y admiracion que te arrebataron cuan-

do viste la gloria del Mesías y las primeras maravillas de su Evangelio, me concedas tu proteccion, la cual no puede menos de ser poderosísima para con el hombre Dios, cuyo tutor y ayo fuiste. Como él quiso obedecerte en la tierra, no te negará nada en el cielo. No puede expresarse con palabras la menor parte de tus grandezas; no obstante cuando yo diga que eres el verdadero esposo de María y el padre putativo de Jesus, y cuando por estos dos titulos pidas la conversion de un pecador como yo, habré dicho todo y tú lo conseguirás todo (*Adicion de la madre Maria Jacoba de Blemur*).

## F.

Despues de las tres virtudes teologales la religion ocupa sin duda el primer lugar, porque su ejercicio, que es el culto de Dios, precede al de todas las otras virtudes morales; y me parece que habiendo acudido las primeras una tras otra á rendir homenaje á la reina de ellas, está muy puesto en razon que la religion cumpla el mismo deber y pague tambien su tributo de reconocimiento. Sin tratar de lo esencial de esta virtud, esto es, del espíritu de sacrificio, que no es de este lugar, diré solamente que parece que nuestro Señor no vino á este mundo mas que para traer el respeto y amor de su padre y establecer su reino y su religion. Para eso trabajó treinta y tres años y con ese mismo designio quiso morir en la cruz enseñándonos que toda criatura debe dar su vida por Dios en testimonio de la grandeza y santidad de él; que todo debe sacrificársele, manifestando así que todo es vil y despreciable en su presencia; y que como hostias debemos ser consumidos por el fuego á gloria de Dios. Ve ahí cuál es la propiedad esencial de la virtud de la devocion; pero ahora queremos decir algo de tres actos pertenecientes á ella, á saber, el hacimiento de gracias, el honor y la devocion. El angélico doctor santo Tomás defiende que el hacimiento de gracias es hijo de la religion por el culto que rinde á Dios en consideracion de su excelencia. Tal vez lo siente así la iglesia cuando canta en el *Gloria in excelsis*: Te damos gracias por

tu gran gloria. El profeta evangélico se vale del hacimiento de gracias de una manera peculiar suya segun creo. «Te doy gracias, mi Dios, dice, porque te has enojado conmigo; pero se ha aplacado tu furor y me has consolado.» Nosotros tenemos cuidado de pedir al Señor que no se enoje con nosotros; pero son pocos los que reciben con gratitud los efectos de su ira aparente; sin embargo eso es lo que le hace trocar sus castigos en consuelos, que son el fruto de nuestra sumision. Nos hemos alegrado, dice el salmista, á proporcion del tiempo que nos has afligido, y de los años que han durado nuestros males. El alma que es pobre y humilde, es tambien reconocida; conoce que ella no es mas que flaqueza y que Dios es su fortaleza; su concupiscencia es como un fuego que la abrasa y la consume, y la gracia de Jesucristo es su refrigerio. Si es verdad que una alma fiel recibe con ánimo reconocido todo lo que viene de la mano de Dios, y dice en las adversidades y trabajos con la misma serenidad que el paciente Job: El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó; bendito sea el nombre del Señor; tambien es cierto que el objeto mas comun y natural del hacimiento de gracias y de la gratitud es la liberalidad, y ese era el motivo de prorumpir el real profeta en este desahogo de su pecho agradecido: Bendice, alma mia, al Señor, y no olvides la muchedumbre de sus beneficios. ¿Qué daré al Señor por todos los beneficios que me ha hecho? Naciones, dice tambien, alabad todas al Señor, porque ha ostentado con nosotros su misericordia (*Adicion de la madre M. J. de Blemur*).

## G.

Seria un testimonio de nuestra devocion á la Virgen el excitar los demás á la veneracion de sus imágenes con nuestros ejemplos, nuestras palabras y nuestra liberalidad, regalándolas á los que puedan sacar provecho, procurando que las haya en las iglesias pobres de las aldeas y despoblados para infundir algun sentimiento de veneracion en los que las ven, y haciendo quitar al mismo tiempo las efigies defectuosas é indecentes que haya, segun prescribe el concilio tridentino.

No puedo terminar este capítulo sin decir dos palabras sobre la veneracion que se da á las imágenes de la Virgen en la abadía real de la natividad de nuestra señora en Brié. Hugo de Chatillon, conde de Saint-Paul, edificó la iglesia y labró el altar mayor en el mismo sitio que le habia señalado la madre de Dios en una vision. Despues mandó hacer una imagen de nuestra señora, que es de marfil y tiene á su divino hijo en los brazos. No sé qué atractivo hay en aquella imagen; pero sí que en el año 1579 el conde de Chabanes la pidió á su hermana, abadesa entonces de aquel célebre monasterio, para colocarla en una capilla del convento de mínimos del bosque de Vincennes. Tenia el conde un tan sincero afecto á aquella imagen, que despues de la muerte del rey Enrique III la trasladó á la Auvernia, de donde era originario; pero cuando Dios dispuso de él, cayó la Virgen en manos de un calvinista, pariente del difunto. Sin embargo el conde de Saint-Aniol la sacó del poder de este para dársela al hermano mayor del de Chabanes, que al morir ordenó se restituyese á las monjas de la abadía de Brié. Los dos comisionados para conducir á nuestra señora llegaron á la abadía un sábado dia 22 de junio del año 1659. La imagen fué recibida en el locutorio por la abadesa á la cabeza de la comunidad y luego llevada á la iglesia y entregada á los monjes encargados de la direccion espiritual de las religiosas, los cuales la recibieron con profundo respeto. Echáronse las campanas á vuelo y se cantó un *Te Deum*, despues de colocada la imagen en un trono en medio del coro con muchos cirios al rededor, que ardieron toda la noche. Esta solemnísima fiesta puede muy bien compararse con la de los israelitas cuando llegó á su campamento el arca de la alianza: como diesen gritos de júbilo, los filisteos se preguntaban unos á otros: ¿Qué es ese gran ruido que viene del campamento de los hebreos? No estaban tan contentos ayer, ni anteayer. Toda la comunidad veló en oracion delante de la santa imagen y las religiosas la besaron una despues de otra con sentimientos de amor y gratitud hácia la reina del cielo por una merced tan singular, persuadiéndose á que queria tomar otra vez bajo su proteccion el monasterio. El predicador encargado del panegirico escogió por texto aquellas palabras de los